

# Presentación

DOI: <http://dx.doi.org/10.17533/udea.boan.v34n58a01>

El *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia presenta el número 58 del volumen 34, dedicado a una temática que ha sido fundamental en el desarrollo del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia: la alimentación y la comida. Es para nosotros muy grato contar con este número y este *dossier* en particular, debido a que ha sido en nuestra casa de estudios donde se han desarrollado ampliamente las investigaciones de este campo en el país, que luego han sido replicados por otros departamentos de antropología. En este momento, en el que pareciera que los estudios culturales se constituyen en el adalid de las investigaciones propias del campo de la cultura, es de gran importancia para nosotros mantener nuestro espíritu de independencia y coherencia, no sólo en la tradición, sino también con los principios epistémicos de la disciplina misma.

De igual forma, en este número queremos compartir con nuestros lectores tres asuntos que consideramos fundamentales en el desarrollo de nuestra revista: la antropología contemporánea, a propósito del Congreso de Antropología llevado a cabo en la Universidad ICESI; el balance de los pasados cuatro años del presente equipo editorial de nuestro BDA y los resultados de la más reciente convocatoria de Publindex.

## De la antropología en el mundo contemporáneo

El pasado mes de junio se llevó a cabo el XVII Congreso de Antropología titulado *El oficio de la antropología: rupturas, incertidumbres y nuevos campos*, organizado por las universidades que en Colombia tienen los programas antropología, el Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH– y la Asociación Colombiana de Antropología –ACANT–. Asimismo, el evento estuvo apoyado por instituciones oficiales, colectivas comunitarias y organizaciones estudiantiles. En esta oportunidad, el anfitrión fue la Universidad ICESI de Cali y se organizó en tres ejes fundamentales:

1) retos, fronteras y rupturas del oficio, 2) incertidumbres, posibilidades y nuevos campos en la formación, investigación y teorización antropológica, y 3) Estado, nación y antropología pública. Ejes a los que se articularon los simposios, talleres y mesas de discusión propuestas por profesionales y académicos nacionales e internacionales, y en los que se exploraron la manera en que la academia se relaciona con las prácticas concretas en las que los antropólogos llevan a cabo su trabajo, la manera en que se entrelazan las cuatro ramas tradicionales de la antropología y las fronteras con otras disciplinas. Además, se discutió el papel de la antropología en relación a los procesos propios del posconflicto, las relaciones entre la violencia y el desarrollo y cuál es el aporte de la antropología en las discusiones de la construcción del territorio. A estos simposios, talleres y mesas de discusión se articularon las conferencias de prestigiosas investigadoras latinoamericanas, a quienes se les hizo merecidos reconocimientos por su trabajo en temas coyunturales de la realidad contemporánea y también por su participación en contextos comunitarios.

En resumen, podríamos decir que el ejercicio académico del Congreso giró en torno a la reflexión del quehacer de la antropología en el contexto contemporáneo, a la discusión de las fronteras disciplinares y al cuestionamiento del quehacer de la antropología denominada como clásica, así como de la participación de la academia en los procesos locales, muchos de ellos acompañados por los profesionales de la antropología, y por otros que se acercan a ello desde áreas aparentemente tan distantes como la literatura y la narrativa. No obstante, es evidente que esta preocupación –que para algunos puede ser la prueba de una crisis en el desarrollo de la disciplina– no es nueva en el contexto de la antropología en general, ni tampoco de la antropología colombiana, ya que de tanto en tanto, la disciplina se mira a sí misma y reflexiona acerca de la manera en que se desenvuelve y cómo se relacionan quienes la ejercen. Estas problemáticas casi siempre se manifiestan en momentos coyunturales mundiales y ante la respuesta local. En la actualidad, pareciera que la crisis ambiental, con sus consecuentes coletazos económicos y políticos, es el motor que dinamiza dicha reflexión, que al final no resulta novedosa en cuanto a la mirada interna y reflexiva de la disciplina misma, y el cuestionamiento a la participación del papel de los profesionales en la transformación del mundo que propusiera Margareth Mead.

Es evidente que, aunque hoy se asumen como novedosas las diversas maneras de mirarse a sí misma, desde sus orígenes modernos, la antropología hace dichas reflexiones, lo que no descalifica la reflexión actual y, por el contrario, la dinamiza, porque, como bien dice Pierre Bourdieu (2003: 23), “quien se adentra en la historia de la disciplina que practica debe justificar su propia toma de posición en el conjunto de posiciones que configuran el campo de esta problemática”. Este debate lo propuso el mismo Franz Boas para quien “la historia biológica de la humanidad en todas sus variantes; la lingüística aplicada a pueblos sin lenguaje escrito; la etnología de pueblos sin registros históricos y la arqueología prehistórica”

(Boas, 1904: 35) eran el fundamento y objeto de la nueva antropología, mediante la cual se reflexionaba acerca de la manera de hacer la antropología evolucionista del siglo XIX y se integraba en un principio fundamental que era observar la historia local de la humanidad mediante la realidad de culturas particulares. Esta nueva forma de hacer la antropología, propuesta por Boas, señalaba que la apariencia de una disciplinariedad delimitada podría ser, incluso, falaz, debido a los orígenes variados desde donde venía dicha disciplina (Boas, 1904: 35).

Era evidente que estos orígenes y metodologías diversas tenían en su seno la aproximación epistémica del modelo jerárquico de Augusto Comte y el modelo genealógico de las ciencias naturales, en el que las disciplinas modernas podían ser visualizadas desde los diversos discursos de las humanidades, de la filología, de la filosofía moral y, fundamentalmente, de la ciencia natural (Boas, 1904: 25). En este sentido, se puede complementar diciendo que la fundación de la antropología respondía a la fusión de líneas tan diversas como aquellas que iban desde Buffon hasta Linneo, desde Vico hasta Herder o, incluso, desde Stukeley a Winckelmann, haciendo de la tradición de la historia natural, el marco en el que se desenvolvía la antropología física y el trabajo de campo de la antropología social y cultural; de la tradición filológica, el espectro para el desarrollo de la antropología lingüística, la antropología simbólica y la hermenéutica; de la filosofía moral, el surgimiento de la antropología psicológica y, finalmente, de la tradición en las antigüedades, la arqueología histórico cultural.

La respuesta reflexiva de Boas (1904) a la antropología evolucionista se hace evidente cuando propone una antropología históricamente contingente, que tuviese como principio la unidad sustancial de su objeto, pero mantiene y fortalece las interrelaciones basadas en los datos obtenidos provenientes de las diferentes ramas que le daban origen; esto con el propósito de explicar los denominados pueblos sin historia. Es decir, que si en asuntos de teoría el objeto de estudio era la humanidad, en términos prácticos su quehacer se concentraba en los pueblos que estaban fuera de la corriente de la historia universal de Hegel; pueblos que eran alejados del estudio de la sociología, la psicología, la filosofía, la literatura y que, al mismo tiempo, eran pueblos colonizados. Es decir que la antropología se ocupaba de aquellos que las ciencias sociales y humanas alejaban de su espectro, tal como lo haría años más tarde William Rivers en Inglaterra.

A finales de la primera década del siglo xx, la antropología deja de coleccionar objetos para los museos y se interesa por coleccionar en campo textos, mitos, relatos, costumbres y sobre todo descripción de conductas. Esta revolución etnográfica propiciada tanto en Norteamérica como en Europa, sentará las bases de lo que se considerará posteriormente como el *ethos* del quehacer antropológico; es decir, el fundamento metodológico y epistémico de la disciplina, la etnografía. Este principio se centra en el enfoque holístico sobre el sujeto del conocimiento antropológico, el valor en la relatividad de dichos fenómenos observados y el papel del antropólogo

en la construcción de la propia disciplina, así la etnografía se convierte en la metodología propia de la nueva disciplina y, al mismo tiempo, la perspectiva epistémica que la define. Con el tiempo, este método y principio epistémico de la antropología se convirtió en la representación de los fundamentos de la antropología misma y sirvió para fusionar lo que tenía orígenes distintos y diversos. Este ejercicio etnográfico no se llevó a cabo únicamente en sociedades consideradas “no civilizadas”, sino que también se adelantó, por parte de los más renombrados etnógrafos de su tiempo, la posibilidad de una antropología y etnografía desarrolladas al interior de las denominadas “sociedades civilizadas”, tal como lo hicieron William Lloyd Warner, Margaret Mead y Ruth Benedict.

Un nuevo caso de la flexibilidad antropológica lo observamos a mediados de la sexta década del siglo pasado cuando, en el contexto de un nuevo orden económico y político mundial, se llevaron a cabo varios simposios como el *International Congresses of Anthropological and Ethnological Sciences* y se fundaron revistas como *Current Anthropology*, en los que se promovió la idea de una antropología mundial en el que convergiesen la antropología cultural norteamericana, la antropología social británica y la antropología estructural francesa, y cuyo compromiso estaba centrado con los valores liberales. Estas apuestas de la antropología mundial en contextos de transformación no superaban la idea de una antropología unificada que difícilmente entendía el contexto de los nuevos Estados en África, la Postguerra, la Guerra Fría y los movimientos sociales de jóvenes, estudiantes y feminismos, entre otros. En este contexto se hizo tendencia tratar de perder el carácter científico que la disciplina había buscado en años anteriores.

El acelerado cambio social de los años sesenta y setenta en los centros de producción académica y el surgimiento de academias en los lugares que habían sido sitios de colonización, generó que los campos en los que se desarrollaba el trabajo etnográfico fuesen múltiples y que fuese imposible desarrollar una antropología tradicional sin consecuencias políticas, es decir que bajo el manto de un espíritu crítico antropológico, los nuevos profesionales vieron una crisis de la disciplina que llevó a una supuesta reinención de la antropología en los años setenta, en la que se pensaba en los otros que se encontraban en las márgenes del mismo contexto social del antropólogo observador; es decir, las clases menos favorecidas, las minorías y los que se consideraban menos favorecidos por el sistema mundial, o al margen del mismo.

En términos generales, a lo que nos enfrentamos en dicho momento histórico es a la explosión del discurso etnográfico, el desvanecimiento de las fronteras disciplinares y a la transformación de los sujetos etnográficos, todo en parte por lo anteriormente dicho y también por la aplicación del enfoque etnográfico usado antes en sociedades pequeñas y ahora aplicado a sociedades denominadas complejas, además de la incorporación de los grupos aislados y marginados a los procesos históricos mundiales –por encima incluso de las particularidades locales–, hecho

que marca un cambio metodológico en cuanto la relación entre el observador y el observado.

En este proceso del aquí y ahora del poscolonialismo, se reconceptualizaron aspectos clásicos de la antropología mundial y se definieron campos particulares como lo autorreflexivo y lo dialógico, esto en la medida que cada vez era más evidente la globalización de lo local que hacía redefinir el campo mismo de la antropología clásica y se determinaba que los grupos observados ya no respondían a lógicas de estrecha territorialización, unidos históricamente y de manera culturalmente homogénea (Appadurai, 1991: 191). Esta situación permitió la interpretación y la narrativa, en lugar de la explicación y la comparación, haciendo que cada vez fuese más difusa la frontera entre la narrativa literaria y la etnografía.

No obstante, y pese de los cuestionamientos a la antropología clásica y tradicional, los antropólogos que buscaban nuevas alternativas para entender la globalización en lo local como bien podría ser la participación de mujeres campesinas en el conflicto del Pacífico colombiano, los sindicatos de trabajadores en una fábrica en Medellín, el papel de las redes sociales en la toma de decisiones de una Junta de Acción Comunal en el barrio Chapinero de Bogotá, la soberanía indígena en el desarrollo de prácticas partería en el hospital de Necoclí, los índices de violencia y discriminación de una comunidad LGTBI en Mocoa o, incluso, quienes observan el funcionamiento burocrático del Estado, mantienen el principio fundamental del trabajo etnográfico, propio del boasanismo, en el que se favorece la observación participante como fundamento epistemológico de la antropología clásica. Es decir que mientras pareciera que se hacen difusas las fronteras disciplinares en procura de las temáticas, y que los sociólogos realizan estudios etnográficos y los antropólogos emplean técnicas como los grupos focales, muestreos, cuestionarios, análisis cuantitativos y cartografías sociales para el estudio de temas contemporáneos, el trabajo de campo en profundidad propuesto por el principio boasiano sigue siendo el eje articulador de la investigación antropológica. Es decir que, de manera cíclica, la fusión se da para consolidar el origen y la fisión se articula en lo anteriormente fusionado, con el objetivo de observar la diversidad de lo observado.

De esta manera, la pregunta por la interdisciplinariedad en la forma de observar el fenómeno que se estudia, corresponde a un espacio supeditado a la procedencia de los ejercicios reflexivos que hay sobre la ciencia, es decir que al analizar el pasado, la manera de conocer y el contexto sociocultural de la disciplina misma, se historiza el sentido de las prácticas y dinámicas del presente, lo que en términos de Esteban Krotz (2002: 53) corresponde a preguntarse por las condiciones, posibilidades, límites, motivos y significación de la otredad, sus formas y su transformación, lo que al final se traduce en la pregunta por el futuro de la disciplina.

En este sentido, los temas del Congreso y los angustiantes cuestionamientos a las maneras clásicas de hacer la reflexión antropológica resultan un *deja vu* en la historia de la antropología como disciplina, y que, por demás, tampoco resulta ni

siquiera novedoso en el desarrollo de la antropología colombiana misma, en la medida que desde sus orígenes con bases indigenistas, luego etnológicos y posteriormente boasianos, que dan origen a los cuatro programas tradicionales de la antropología colombiana, surgen momentos de coyuntura crítica como aquellas acaecidas en los años setenta y luego en los noventa, que llevaron en un caso a pensar en los nuevos campos de aplicación etnográfica de la antropología, y en otros la integración de diversos métodos o, incluso, a retomar propuestas que, sin ser antropología, fusionaban en los métodos de diversas áreas de las ciencias sociales en nuevos contextos de observación. Sin embargo, al final, la observación a profundidad, propia de la antropología, resultaba ser la base.

En la actualidad, nos enfrentamos a un nuevo momento de reflexión del que hacer de la disciplina; unos porque consideran con celo que su método cohesionador está siendo usado de manera indiscriminada por diferentes profesionales de las ciencias sociales y humanas, y otros porque consideran que la antropología no es capaz de responder a los nuevos retos del mundo contemporáneo. Lo cierto es que, definitivamente, no parece ser el método de observación el fundamento cohesionador de la antropología, ni tampoco el contexto en el que se desarrolla. Es decir, ni la etnografía hace la antropología, ni tampoco lo hace el hecho de la observación de las minorías y su diálogo en el contexto global. Tampoco, considero, está en el contexto en el que se desarrolla. Si bien todo lo anterior es fundamental, ninguno no lo define. Es por eso que, quizás, lo único que nuevamente nos queda es la fusión primera que nos permite entender que el objeto de estudio de la antropología es la cultura, entendida en esta oportunidad como una manifestación de la estructura social y esta, a su vez, el único esencial del ser humano en sociedad, que se logra mediante el trabajo y su transformación. De esta manera, si el método *ideal* para reconocer la manifestación de la estructura social es la etnografía –como lo ha señalado la antropología desde hace más de un siglo–, no dejará de ser una observación antropológica, incluso densa, si se agregan otras maneras de conocer como pueden ser las cartografías sociales, los grupos focales, encuestas y métodos cuantitativos. Tampoco resulta importante si los sociólogos, trabajadores sociales o psicólogos utilizan la etnografía o una aplicación de la misma, en esta medida la etnografía no se convierte en un botín de la disciplina.

Por otro lado, si el contexto es el de las minorías insertas en el mundo globalizado, en el pasado o en el presente, y del que –según dicen algunos– se ha alejado la antropología por ser una disciplina sin compromiso político, que los obliga a recurrir a los estudios literarios y los estudios culturales con un pretendido rompimiento con el pasado moderno y colonizador, pero al mismo tiempo fundando de manera moderna nuevos objetos de observación y descripción que repiten un ejercicio de fisión-fusión en temas tan variados como el espacio-tiempo, el territorio y nuevas alteridades, tampoco parece ser un tema novedoso en la antropología y en

el desarrollo de su propia historia que ha visto la fusión y fisión de nuevos contextos de observación y análisis, utilizando las herramientas propias de la disciplina.

De igual forma, el contexto social en el que se desarrolla la investigación antropológica y en el que participan los antropólogos, tampoco es una gran novedad en la reflexividad de la antropología misma, ya que, incluso, fueron los propios boasianos, particularmente las antropólogas, quienes dieron cuenta de hacer antropología desde sus propios contextos individuales, sociales y culturales, como fueron los casos de Ruth Bunzel, Helen Codere, Zora Neale Hurston, Gladys Reaicher o la antropóloga navajo Ella Cara Deloria, quienes desde orillas diversas y como parte de minorías, se acercaron a estudiar la diversidad de sus propios contextos sociales y culturales durante las primeras décadas del siglo xx, y que luego fueron olvidadas por la historiografía antropológica, haciendo parecer que sólo hasta el presente es que dicha situación se vivencia.

Ahora, si hay una tarea por recuperar en la reflexión de la antropología colombiana no considero que se trate únicamente de buscar en la supuesta pérdida de la etnografía en las manos de otras ciencias sociales, ni tampoco en la falta de compromiso político del quehacer antropológico, ni tampoco en la observación del fenómeno antropológico en los contextos sociales que surgen en las fronteras y en el interior de la modernidad y la inclusión de los grupos minoritarios en el mundo globalizado, ni tampoco en la aproximación de la antropología a la historia, cambiando contextos de observación participante por contextos de etnografía de archivo, sino en el pensamiento social regional que, para el caso de la antropología colombiana, resulta ser el pasado del pensamiento latinoamericano. Es decir, se trata de la búsqueda de orígenes que nos permitan complementar y fusionar maneras de hacer y entender en el continente, teniendo en el escenario de fondo que es evidente la tensión estructural entre las escuelas metropolitanas o noratlánticas si se quiere, con los compromisos locales, tal como se ha expresado desde tiempos muy tempranos del pensamiento latinoamericano con figuras de la talla de José Martí, José María Arguedas, José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, Hildebrando Castro Pozo, Gilberto Freyre o Fernando Ortiz, entre otros. Tensiones que han dibujado el quehacer de la formación antropológica de la región, tal como lo han mostrado Roberto Cardoso de Oliveira (1998), Esteban Krotz (1997) Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar (2006).

En la Universidad de Antioquia, una universidad pública y regional, en un contexto de controversias sociales, complejos contextos políticos, económicos y sociales, se abre paso una generación de antropólogos que asumen la tensión entre la formación clásica de la cultura como una manifestación de la estructura social y el contexto local, que le permite observar que en el método y la técnica no están los esenciales de la antropología, y que la formación básica permite explicar y comprender los fenómenos fronterizos que se vislumbran en las grietas de la disciplinarietà moderna, en los que las minoría se integran a la realidad global y,

por lo tanto, sin importar el contexto, debe ser claro el compromiso político de la antropología.

## **Balance y despedida**

Desde su fundación en 1953, momento en que el antropólogo Graciliano Arcila Vélez pensara, diseñara y publicara el primer número del *Boletín de Antropología* de la Universidad de Antioquia, han pasado como editores generales importantes profesores del Departamento de Antropología, quienes con energía y consagración han desempeñado funciones editoriales. Hoy, luego de casi cuatro años cuando recibimos el *Boletín de Antropología* (volumen 30, número 50 de 2015) en pleno aniversario del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, entregamos la posta y orgullosos hacemos un balance de la labor encomendada.

En este tiempo (2015 a 2019) se han publicado nueve números (50 a 58), organizados en cinco volúmenes (30, 31, 32, 33, 34), de los cuales cinco números fueron dedicados a temáticas particulares denominadas *dossier*, tales como: Antropología y migraciones; Patrimonio hidráulico: paisaje, memoria e identidad; Antropología y vida; Antropología jurídica; Nuevas miradas sobre la Amazonía; Arqueología de la organización de comunidades y memoria indígena de la época prehispánica al presente, en los que han participado como editores invitados antropólogos y arqueólogos de Colombia, Perú, México, Brasil y Portugal, y autores de las mismas nacionalidades, además de Ecuador, Argentina, Francia, Estados Unidos, España y Senegal.

Durante este tiempo se hicieron importantes cambios en el desarrollo de la política editorial, se definieron el enfoque y alcance de la publicación, se desarrolló el proceso de evaluación de pares ciegos, se reguló y mantuvo la frecuencia de publicación, se suscribió la política de acceso abierto y se definieron las normas éticas y buenas prácticas. Se acogieron acuerdos en los que se comparten los principios del modelo de publicación al que suscriben AmeliCA y Redalyc (en específico, adhesión de la revista a un modelo de comunicación de acceso abierto no comercial) –sin cobro por APC–, reconocimiento por parte de la revista de la necesidad de reformular el sistema imperante de evaluación académica –firma y adhesión a las políticas editoriales de la revista a la Declaración de San Francisco sobre la Evaluación de la Investigación, DORA– y compromiso de la revista en transitar a una publicación digital (marcaje de los contenidos científicos en XML), que han favorecido su inclusión en el Portal de libros y revistas, bajo el protocolo OAI-PMH, con lo cual se espera la recuperación de metadatos, que favorece la redirección de nuestros artículos en plataformas como DOAJ y Journal TOCS, incluidos bibliotecas, agregadores de contenido, buscadores especializados y de propósito general, con el fin de maximizar la visibilidad e impacto de la revista.

En la actualidad, la revista publica los resúmenes y palabras claves en español, inglés, portugués y francés, ampliando en ello el espectro de las revistas que contienen dos idiomas en el contexto nacional. De igual forma, se ajustaron las normas para la publicación de referencias bibliográficas, haciendo ajuste a las Normas Chicago, por considerarlas más amables y pertinentes para la difusión de los artículos y contribuciones propios de la antropología; de igual forma, se abrieron espacios alternativos en redes sociales. Estos avances fueron reconocidos en resultados preliminares de la convocatoria interna de Publindex (2019) y se nos manifiesta de manera preliminar que, nuevamente, estamos indexados en una categoría de privilegio en el contexto nacional. No obstante, tendremos que esperar hasta mediados del mes de agosto para oficializar los resultados de la convocatoria, lo que significa que este número aún no cuenta con la indexación de la convocatoria inmediatamente anterior y sólo a partir del mes de enero de 2020, podremos mencionar en nuestra contraportada los resultados correspondientes de dicha convocatoria. Entre tanto, les podemos anunciar a nuestros lectores y colaboradores que, a partir del siguiente número, contaremos con una categoría que representa en cuanto a nuestro esfuerzo y dedicación.

Durante los cuatro años que han pasado, se ha aprendido del proceso editorial y sobre todo se ha aportado a la divulgación la antropología latinoamericana, haciendo de nuestro *Boletín de Antropología* un escenario ideal para colegas de las diversas áreas que se fusionan en el contexto nacional. Se unificaron criterios de publicación, tales como diseños y portadas, se asignó un nombre de rápida recordación (BDA) y se aprendió de los mecanismos de difusión necesarios en el desarrollo editorial. Se abrieron espacios para diversos tipos de contribuciones y, sobre todo, de lo que nos sentimos muy orgullosos, hemos mantenido la independencia frente a la retórica homogeneizante que castiga la denominada endogamia. Un espacio abierto para los investigadores que así lo deseen, indistintamente si por hacerlo en este contexto no se vean beneficiados por prerrogativas económicas.

En este momento quedan en proceso de selección y evaluación dos números posteriores, el primero de ellos dedicado a la xenofobia y el racismo en América Latina, editado por dos colegas mexicanas del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (2020-1), y el segundo número del volumen 35, dedicado a las perspectivas bioculturales en antropología y la bioarqueología, cumpliendo con el compromiso de tener por lo menos un número dedicado a las diferentes áreas que componen el quehacer de la disciplina en el Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.

Finalmente, sólo nos resta agradecer al Departamento de Antropología, sus jefes en el tiempo que hemos sido editores: Dr. Juan Carlos Orrego Arismendi –antiguo editor del *Boletín de Antropología*– y la Dra. Alba Nelly Gómez, quienes favorecieron el desarrollo de la actividad editorial. De igual forma, un agradecimiento a los miembros del comité editorial y comité científico, a los traductores y

correctores de estilo, a las secretarías del Departamento, a los editores invitados, a los autores, los evaluadores y pares ciegos, al personal administrativo de la Vicerrectoría de Investigación Científica, a la Maestría en Antropología por su apoyo económico y, de manera muy especial, a los auxiliares y monitores de quienes aprendimos y seguimos aprendiendo: Carlos, Juliana, Luz Marina, Santiago, María Clara y Manuela. Finalmente, agradecemos a los fieles lectores de nuestro *Boletín de Antropología* (BDA).

Sneider Rojas-Mora  
Editor general

## Referencias bibliográficas

- American Anthropological Association (1995). *Guide [1995-96]*. American Anthropological Association, Arlington, VA.
- Appadurai, Arjun (1991). "Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology". En: Fox, Richard (ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present*. School of American Research Press, Santa Fe, NM, pp. 191-210.
- Bourdieu, Pierre ([2001]2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Curso del Collège de France 2000-2001. Anagrama, Barcelona.
- Jimeno, Myriam (2000). "La emergencia del investigador ciudadano: estilos de antropología y crisis en los modelos de antropología". En: Tocancipá, Jairo *et al.*, *La formación del Estado-nación y las disciplinas sociales en Colombia*. Departamento de Antropología-Facultad de Ciencias Humanas y Sociales-Universidad del Cauca, Popayán, pp. 157-190.
- Krotz, Esteban (1997). "Anthropologies of the South. Their Rise, Their Silencing, Their Characteristics". En: *Critique of Anthropology*, N.º 17, pp. 237-251.
- Krotz, Esteban (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. Fondo de Cultura Económica & Universidad Nacional Autónoma de México, México DF.
- Lins Ribeiro, Gustavo y Arturo Escobar (2006). "Las antropologías del mundo: transformaciones de la disciplina a través de los sistemas de poder". En: *Universitas Humanística*, vol. 32, N.º 61, enero-junio, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, pp. 15-49.